

«Me abochozna el victimismo vasco, como persona y como historiadora»



Idoia Estornés
Historiadora

Tras décadas de trabajo para la Enciclopedia Auñamendi, ha publicado un libro de memorias que «está revolviendo el gallinero»

:: FELIX IBARGUTXI

SAN SEBASTIÁN. 'Cómo pudo pasarnos esto' se presentó hace dos semanas y en tan poco tiempo ya se ha hecho notar. «Creo que estoy revolviendo el gallinero de los de mi generación y hasta más jóvenes», dice entre risas esta historiadora-escritora. «Hay quien lo ha leído de un tirón en el tren ida y vuelta a París, quien dice haberlo devorado en un 'finde', Andu Lertxundi ha escrito que no dejará indiferente a nadie, mi ex, Ayestarán, me ha dicho que lo he tratado con mucha delicadeza».

-Es usted historiadora, y algo periodista también. ¿Cómo escribió el libro?

-Acababa de librarme de un ritmo infernal de trabajo -actualización de la Enciclopedia Auñamendi-, me recomía la desesperación de los años de plomo en Euskadi, encontré una estabilidad emocional. Era 2006, descansé un poco y me puse a escribir. Primero la historia de cómo montó mi padre la Enciclopedia, dentro de qué clima político-emocional. Cómo también yo entré en la aventura, y mi hermano Garikoitz. Qué fue la creación de una gran enciclopedia desde la nada y sin computerización. El

papel fundamental de los suscriptores, sin los cuales nunca hubiera sido posible. El clima cultural de los 60... El recambio generacional. Luego me enredé conmigo misma. Primero escribí la que se quería justificar-vengar-reír un rato. Luego llegó la historiadora, hala, a meter cemento, citas a pie de página, sostenes firmes, reconstrucción minuciosa. Soy una de esas que se acuerdan de lo que comieron el 15 de agosto del sesenta y tantos... Guardo diarios, papeles, folletos, algo temible (risa). Estaba, además, la base de datos de Auñamendi.

-Pero además realizó unas entrevistas, para documentarse más a fondo.

-Tienes razón, antes de la historiadora llegó la entrevistadora-antrópologa. Busqué coetáneos y cotáneos que no estuvieran agobiados de trabajo y no tuvieran que «sostener» un personaje; pocos políticos, por tanto. Quería un acercamiento fresco, lejos del historiador de gabinete, la 'history from below'.

-¿Cuántos años de trabajo?

-Pongamos cinco años, seis. Proceso las entrevistas suele dar guerra,

¡los periodistas lo saben bien! Luego la historiadora se puso al trabajo, como he dicho antes. Al final lo que yo llamo «la junta-letras» dijo: aquí hay que meter estilo, nada de pesadez académica, ¡es-ti-lis-mo! La apaciguada fiercilla sacó las tijeras: no seas redicha, venga quita esto, lo otro, palabros, puntualizaciones, lo de más allá, libera, metaforiza, mete oxígeno, elipsis, puntos, rompe oraciones, elimina artículos, lamina, pasa la aspiradora sin piedad, deja de adorar-te-flagelarte. Al cabo del quinto año (2011) volvió la historiadora otra vez: había encontrado un nuevo fondo, el último, qué delicia, otra vez a examinar el cómo de las cosas... Nueva revisión.

-¿Mientras tanto, alguien leía lo ya escrito?

-No, secreto. Solo los entrevistados y amigos y amigos sabían que andaba metida en los 60-70, leyendo memorias de coetáneos, escabando en panfletos o en las revistas euskéricas de la época, consultándoles (a Marian Zarronandia, Lola Valverde, el cura Balentxi, mis navarros, Arantxa Urretabizkaia, Eugenio Ibarzabal, Maite González Esnal, gentes de EE, Luis Banderás, alguna chilena, y más). Y hubiera seguido así otra década, hasta que un buen compañero de generación, un generoso chico de los 60, al que he consultado de todo porque, además de literato excepcional, es otro memorioso que guarda un arcano en sus mientes, me dijo...

-¿Quién?

-Ramon Saizarbitoria. Él estaba en la recta final de 'Martutene', repasando. Yo quería saber de lo suyo, él inquirió sobre lo mío. Curiosidad y cariño mutuos. Pásame tu original y te lo leo, si me dejas, me dijo. Me daba un apuro mortal, hay mucha introspección, bastante secreto de muerte, toco temas como las guerrillas en torno a la unificación del euskera, mi interpretación de determinados mitos, el «patriotismo alimienticio», «el misionero etnocultural»... Menos mal que me lo pidió. Saizar fue el primer lector, su lectura fue providencial. Lo leyó de una tirada, me cubrió de elogios, me empujó a publicarlo de inmediato. Me sacó del callejón en el que estaba «jugando con el jugueteito». Luego lo leyeron Enrique Múgica Herzog y Tina Diaz, y me decidí. Mi agradecimiento a los tres. Y a Erein, que ha hecho una edición primorosa.

-¿Qué ha querido decir con este libro?

-Mi libro es una descarga memorial, autobiográfica pero también coral. Trata de reflejar y analizar las circunstancias, los estados de ánimo por los que hemos pasado muchos de los nacidos tras la guerra.